

**Lear/Bieito.** ¿Un retorno al pasado? Sí, felizmente, y también un pasaporte hacia el futuro. Contra todo pronóstico, su Rey Lear está más cerca que nunca de su Rey Juan. No han desaparecido las gratuidades, ni los trazos gruesos, ni el primar la trama sobre el texto, pero predominan la limpieza expositiva, la atmósfera ominosa (las lajas de penumbra y la parrilla de fluorescentes de Xavi Clot) y una dirección de actores muy ceñida, bordeando un clasicismo más rompedor, por intenso, que la voluntad transgresora (o vendedora) de sus anteriores patchworks. Declan Donnellan podría haber firmado buena parte de este Rey Lear que Calixto Bieito presenta en el Romea (hasta el 1 de agosto) y que quiero ver más veces...

**Lear/Pou.** Comienza como Vincent Price (grandguignolesco, sardónico, inquietante), sigue como Montenegro (autoridad incontestable, fiereza tiránica) y desemboca en el perfil del Quijote loco, sacudido por relámpagos de dolorosa cordura.

Una lección de coraje y entrega; una admirable voluntad de saltar más allá de su sombra. Grandes gestos y grandes momentos de actorazo mostrando sus poderes: Lear/Price hundiendo el rostro de Cordelia en el pastel que acaba de partir en tres trozos; Lear/Montenegro golpeándose la cabeza para activar el reloj que atrasa o acelera sin motivo aparente; Lear/Quijote, más homeless que nunca, alimentando a Gloucester con cucharaditas de sopa en una de las escenas cumbre del espectáculo. Y una gran idea de dirección, porque así Pou se coloca en el estado idóneo para reconocer a Cordelia: una locura bondadosa, casi panteísta; una epifanía de calma antes de que todo sea absorbido por el gran vacío.

Ningún actor "tiene" a Lear en las primeras funciones. Pou ha apresado ya muchas capas y entreveros de Lear; ha ido muy lejos, pero falta aún -tiempo al tiempo- que resplandezca la difícilísima alquimia, aérea y terrestre, de la locura final: combinar la monodía rota y circular del mendigo ciego de vino negro y la altísima voz alucinada del patriarca mítico con alas de ángel caído...

**El Bufón.** Con la sabiduría de los superveteranos, Boris Ruiz huye de Clarín para saltar a un terrado de infancia: un oligo tierno y amargo, con la pata quebrada y vestido por las monjitas del asilo. Hay una gran química, hecha de cariño mutuo, con Lear/Pou: es el perfecto Don Galán de este Montenegro.

Dos grandes ideas a retener: su gag de la regadora bajo la tormenta y la invención de su muerte a manos del rey, que acaba con él como Frankenstein jugando con la niña del lago...

**Las hijas.** Àngels Bassas se ponía un poco estupenda en la Electra del pasado verano; aquí está estupenda sin paliativos: llena de furia, poder y lujuria, como una joven Lena Olin. Hacía tiempo que no veía una Goneril tan clara, tan sensual y tan reina.

Victoria Pagès (Regan) es una olla a presión desbordante de escudella hirviendo. Y con un aplomo sorprendente, teniendo en cuenta que se incorporó al montaje al día siguiente del estreno, para sustituir a Roser Camí.

Anna Ycobalzeta sirve una Cordelia conmovedora, más víctima de los tajos textuales que del fatum: cuesta lo suyo adivinar quién se la ha cargado y por qué. Dos highlights: su sonámbula canción francesa (Fatiguée) y, sobre todo, el reencuentro con su padre. Hace falta un par de ovarios para sostener un mano a mano con Pou.

**Marcos Ordóñez. Babelia/El País**